



SERIE ÉPICA

Primera edición,
Diciembre 2008

Copyright © Rayco Cruz
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Adolfo Clavarana, 45
03300, Orihuela (Alicante)
Tlf. 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-936919-0-5

Ilustración de portada: Santos Garijo
Ilustraciones interiores: José Antonio Rando
Diseño gráfico y maquetación: Félix Sotomayor

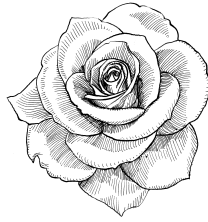
Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://lasombradepranthas.mundosepicos.es>



La Sombra de Pranthas

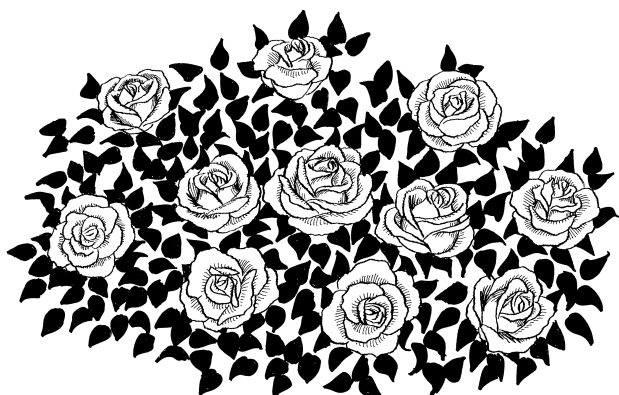
RAYCO CRUZ





A Hermi.

A mis padres y mi hermano.



PRÓLOGO





Sherman Kröll llevaba veinte años en el ejército, en infantería. Siempre en primera línea de combate, sobreviviendo a las múltiples campañas militares que su rey había promovido. Era un hombre recio y fuerte, tanto de cuerpo como de carácter. Un hombre de sólidos principios y una moral inquebrantable.

Por eso, sus tripas se revolvían cuando escuchaba las órdenes que estaba recibiendo de su inmediato superior. Aquello había sido una carnicería, una cacería de gallinas. Tres cuerpos, tendidos a sus pies en mitad del camino cubierto de hojas y tapados con sus propias capas de viaje, le pedían explicaciones. Por eso, apenas oía lo que se le decía.

—Llévatelos lejos y quémalos. No quiero saber dónde. Hazlo bien y rápido. Luego vuelve y serás condecorado como te mereces. Las cosas han cambiado, no podemos anclarnos en el pasado.

Las palabras de su capitán pretendían convencerle de que aquello había estado bien, pero nada conseguiría que desapareciera aquella sensación de asco, que empezaba a revolverle el estómago.

Unos instantes después, observaba cómo dos soldados rasos introducían los



LA SOMBRA DE PRANTHAS

cuerpos en un carro y aparejaban el caballo. Kröll veía la escena como si estuviera muy lejos, en un mundo ajeno en el que aquellas cosas no estaban ocurriendo

Los soldados le tendieron las riendas y él las tomó. Se subió al cabestrante del carro y se puso en marcha. Toda la formación que había recibido desde que tenía uso de razón, le impulsaba a obedecer aunque las órdenes fueran extrañas e inexplicables. Por eso siguió adelante cuando cada fibra de su ser le pedía que se detuviera y echara a correr. Que se alejara de toda esa locura. Detrás de él creía sentir moverse los cuerpos inertes, y no se habría sorprendido si una mano muerta y fría lo agarraba por el cuello y le arrancaba la cabeza del cuerpo. Además, se lo habría merecido, no se opondría a ello. Sólo su templanza consiguió ahuyentar estos pensamientos y evitó que mirara hacia atrás, aunque fue un gran esfuerzo.

Pero nada de eso pasó. Sólo estaban él, el caballo y el silencio. ¿Dónde podía enterrar aquellos cuerpos malditos? Porque no pensaba quemarlos. No se merecían ese final. Desobedecería las órdenes que se le habían dado y se atendería a las consecuencias.

Anduvo durante mucho tiempo, atravesando la llanura en dirección a las colinas. Entonces se le ocurrió el sitio perfecto. No habría ningún otro lugar en el que descansaran más en paz que allí, en su propia casa. Dirigió su caballo en aquella dirección, seguro de estar haciendo una cosa bien entre toda aquella demencia.

Resultó la tarea más dura que había hecho nunca. Había luchado contra todo tipo de hombres y criaturas a lo largo y ancho de todo el reino. Había recibido y sobrevivido a heridas que habrían acabado con hombres más fuertes. Pero aquello le resultó una tarea casi imposible. En varias ocasiones estuvo a punto de rendirse, de dejarlo todo a medias y salir de allí para no volver jamás. Sólo su profunda creencia en la cadena de mando y su necesidad de cumplir órdenes, arraigada en lo más profundo de sus venas, le hacían seguir adelante.

Había esperado encontrar guardias en la casa, pero a medida que se acercaba comprobó que la zona estaba desierta. Aquello era algo poco común, y sin saber por qué, una extraña sensación le recorrió la columna vertebral y le puso los pelos de punta.

Por fin apareció ante él la mansión que estaba buscando. Conocía el camino





porque ya había estado en ella en una ocasión, algunos años atrás, pero pocas personas más en el mundo conocían su existencia. Y aquellos que encontraban el camino por casualidad, eran discretamente desviados por los guardias apostados en la zona y que ahora Shernan echaba en falta. Era un lugar hermoso y aislado, rodeado de silencio. Sólo el sonido del viento y de los pájaros anidados en la pequeña arboleda que rodeaba la casa, perturbaban aquella paz añeja.

Se detuvo unos instantes a observar la casa. Era inmensa y todo su perímetro estaba protegido por un alto y robusto muro de roca de color hueso. Esa misma piedra se había empleado con el resto de la estructura, dándole un aspecto immaculado. La parte alta del muro estaba sembrada de afiladas puntas metálicas capaces de amedrentar a cualquiera que se hubiera planteado saltarlo. Una enorme reja del mismo metal daba acceso a un gran jardín, algo descuidado pero majestuoso.

Le costó algo de tiempo forzar la cerradura de la verja, pero finalmente pudo acceder. Ante él se extendía una pequeña alfombra de césped, ahora casi cubierta de hojas secas. Más allá, la mansión se alzaba ante él, casi una fortaleza pequeña. Era preciosa, con una escalinata que daba acceso a una galería sostenida por enormes columnas redondas. Una enorme puerta de madera, ricamente tallada, daba acceso al interior, con sus tres plantas de pequeñas ventanas tapiadas.

Pero no tenía intención de entrar, ni de quedarse allí más tiempo del estrictamente necesario.

Dando un pequeño rodeo, encontró con facilidad un cobertizo de cuyo interior sacó una vieja pala, y con ella cavó tres profundos agujeros en la tierra húmeda. Las paredes de la mansión parecían mirarlo, recriminándole aquel acto.

La tarde se le había echado encima y pronto oscurecería. Una inquietud nerviosa comenzó a apoderarse de él, a medida que el sol abandonaba el cielo.

Deseoso de terminar tan amarga tarea, depositó con cuidado los dos primeros cuerpos en sus agujeros y musitó una plegaria por sus almas. Cubrió los cuerpos de nuevo, con la misma tierra que había extraído. La noche se había cerrado ya sobre él cuando se dispuso a terminar.

Después de depositar el tercer cuerpo en su zanja, un ruido lo sobresaltó. Miró en la dirección del sonido y vio que sólo era el postigo de una ventana. Las maderas que la tapiaban se habían soltado. Lo mismo que había roto el tapiado debía haber estropeado el cierre del postigo y ahora golpeaba el marco con fuerza, movido por el viento. La distracción hizo que pisara mal y tropezó con





LA SOMBRA DE PRANTHAS

una piedra. Cayó cuan largo era y se golpeó la cabeza contra los escalones del acceso a la casa. Perdió el conocimiento y un pequeño reguero de sangre manchó la piedra blanca.

Cuando despertó, la oscuridad lo rodeaba por completo. Sólo la luna llena le permitía vislumbrar su alrededor. Tenía un dolor pulsante en la cabeza, allí donde se había golpeado y una mancha de sangre seca le apelmazaba el pelo. Se tocó la herida y sintió una punzada que le tensó los músculos del cuello.

Había sido un golpe estúpido y Kröll se avergonzó. Sacudió la cabeza y se puso en pie, decidido a terminar su trabajo aciago. Miró a su alrededor, donde las sombras acechaban, y lo invadió una nueva urgencia por acabar.

Cogió la herramienta y cargó una palada de tierra para introducirla en el tercer hoyo. De pronto, un escalofrío le recorrió la espalda al observar el interior del agujero y soltó una exclamación: el cadáver había desaparecido. La excavación estaba vacía. Kröll perdió el aliento. Buscó alrededor con el corazón acelerado. Él recordaba perfectamente haber dejado el cadáver dentro, así que tenía que estar allí. ¿Cómo era posible? Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, haciendo que el vello de su nuca se le pusiera de punta.

Pronto se dio cuenta de que no lo encontraría por los alrededores. Agitado, comenzó a rellenar los otros dos agujeros, cuyos contenidos se encontraban, para su alivio, donde debían estar. Cuando hubo acabado con los primeros y se encontró de nuevo con el que estaba vacío, se planteó dejarlo como estaba y marcharse cuanto antes de allí, dejando atrás aquél cometido maldito. Sin embargo, ahora sus nervios de militar estaban más templados y decidió hacer bien el trabajo, pues ya no había vuelta atrás. Tomando aliento, alzó una nueva palada de tierra y se dispuso a echarla en el agujero. En ese momento, se dio cuenta de que había algo en el fondo, mezclado con la tierra suelta. Las sombras de la noche le impedían distinguir su forma, pero estaba seguro de que por un segundo había visto un destello, el reflejo de un rayo de luna en algo metálico.

La pala quedó suspendida a medio camino de su recorrido. Su curiosidad superaba su aprehensión, echó la herramienta a un lado y saltó al interior. La tierra se desmoronaba en las paredes del agujero. En el fondo, sus pies tocaron algo duro y, cuando se agachó y apartó la tierra fría que cubría el objeto, sus dedos tocaron cuero y metal. Con extremo cuidado lo alzó y lo expuso a la tenue luz de la luna.

Al darse cuenta de lo que tenía en las manos, a punto estuvo de dejarlo caer.





Era una espada metida en su vaina, y Shernan supo enseguida qué arma era y quién era su dueño. Por lo menos, quién lo había sido. Sin poder evitarlo, miró a su alrededor, buscando un indicio, un movimiento, un sonido que delatara la presencia de su dueño, aquel cuyo cuerpo debía estar en el agujero en ese mismo instante, pero que no lo estaba, por alguna razón que Shernan era incapaz de comprender. Excepto... ¿era posible que siguiera vivo? El soldado comenzó a ponerse muy nervioso. Ésa era la única explicación posible. ¡Había estado a punto de enterrar vivo a un hombre! Intentó tranquilizarse y lo consiguió, respirando varias veces con bocanadas profundas.

El dueño de aquella espada no podía estar muy lejos. Él había estado inconsciente un buen rato, pero aun así no podía llevarle demasiada ventaja. Además, iba a pie, mientras que él tenía su caballo. Se dispuso a correr hacia la verja de la entrada en busca de su caballo, pero se detuvo en seco. No podía dejar aquello así, tenía que completar lo que había empezado, aunque ello lo retrasara un poco.

Rellenó el agujero, como hiciera con los otros, y apisonó la tierra sobre ellos. Sin embargo, no podía dejar de mirar a su alrededor, a las sombras que parecían agitarse con cada sople de aire.

Cuando hubo terminado, se quedó en la oscuridad mirando por unos segundos su trabajo. Faltaba algo. Aquello no podía acabar así. Su conciencia se había aplacado un poco, pero algo no le cuadraba. Enterrarlos así y quemarlos era prácticamente lo mismo. Debía dejar constancia de aquella atrocidad.

Así pues, buscó por los alrededores unas piedras planas. Cuando las hubo encontrado, volvió al cobertizo a buscar un martillo y un cincel, y se aplicó a la tarea. Era la primera vez que hacía algo así y en la oscuridad, sus manos no eran muy precisas, por lo que el resultado no fue del todo satisfactorio. Aun así, se sentía bien. No puso nombres para respetar el descanso de sus almas, pero supo que la persona que, algún día, encontrara aquel lugar, no tardaría en reconocer la señal que había grabado en las improvisadas lápidas. Incluso a la tercera tumba, que había quedado sin cuerpo, le puso encima una de las piedras. Le parecía, por alguna razón, lo más justo, aunque si sus sospechas eran correctas, no tenía demasiado sentido. De todas formas, lo dejó así.

Recitó una última plegaria y se fue.

Pero su sitio ya no estaba en el que hasta ahora había sido su hogar. Supo que jamás podría volver a mirar a la cara a sus superiores, y no podría mentir cuando





le preguntaran si había cumplido con la orden de quemar los cuerpos. Su destino había quedado marcado cuando había tomado la decisión de desobedecer y ahora, cargaría con las consecuencias. Además, tenía que devolver aquella espada. Era esencial encontrarlo.

En Ereth tardarían mucho tiempo en volver a saber de él.





CAPÍTULO 1



Me llamo Árgoht Grandël y vengo de Meledel. No me llaméis brujo. Lo que yo hago no tiene nombre ni merece etiqueta. No acepto vasallaje ni me postro ante hombre o mujer alguna. Hago mi trabajo de forma rápida y limpia. Cuando haya cumplido mi cometido, recogeré mi pago y no me volveréis a ver. Jamás. Una vez haya terminado no quiero agradecimientos. Con el pago estaremos en paz y no quedará entre nosotros deuda alguna. Éste soy yo y éstas son mis condiciones.

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras y Árgoht sintió cómo los ojos de los presentes se clavaban en él, penetrando su piel oscura. Paseó la vista entre ellos y descubrió gran diversidad de sentimientos en esas miradas. Aprensión, burla, respeto, miedo... Sus palabras habían cumplido su cometido. Nadie quedó indiferente a ellas.

En el enorme salón del trono ni una brisa de aire movía un solo cabello. Todos esperaban la respuesta del hombre sentado frente al extranjero. Era un hombre de aspecto altivo y orgulloso, aunque su rostro marcado de cicatrices daba pistas sobre un pasado más cercano al ejército que a la nobleza. Vestía ricas ropas, como cabía esperar de la persona que ocupaba el trono de Ereth, y una pequeña corona ceñía sus cabellos castaños.





Por fin, Árgoht elevó la mirada ante la persona sentada ante él, situada en una tarima, unos escalones por encima.

—Veo que las historias que cuentan sobre ti son ciertas —dijo el rey Yurt de la casa de Amnhol, regente del reino de Ereth, con voz meliflua y pomposa—. Espero que tus artes sean tan eficaces como tu lengua.

El rey era un hombre alto y de cuerpo bien formado, clara muestra de su reciente pasado militar. Su piel se había suavizado y su cabello, bien cuidado, no correspondía al de un soldado, prueba de que era muy fácil acostumbrarse a la buena vida de palacio. Vestía una elegante túnica de color ocre con ribetes dorados, que brillaban bajo el impacto de la luz del sol. Sobre la túnica llevaba un peto metálico a modo de armadura ornamental. A la altura de pecho se veía grabado el emblema de la casa Amnhol: una espada embebida en la silueta de una torre de piedra. Completaba el atuendo una larga capa de color marrón muy lujosa.

La voz del rey resonó en las altas bóvedas del salón, como emitida por miles de gargantas. Sus propias palabras no habían tenido ese efecto. Sin duda la posición elevada del regente había sido cuidadosamente estudiada para aprovechar al máximo la acústica de tan soberbio lugar. También los rayos del sol, filtrados por enormes y altas cristaleras, caían sobre él dándole el aspecto de una aparición. Hasta la hora de la entrevista había sido calculada con gran exactitud.

El salón era impresionante. De forma circular, estaba construido con los más exquisitos materiales. Mármol de diversos colores, piedra y mosaicos variados dejaban bien claro que Ereth era un reino rico y ostentoso. Por encima de sus cabezas, una galería recorría la pared una planta por encima. Algunos cortesanos observaban desde aquella altura los acontecimientos que se desarrollaban en el salón.

Durante unos segundos, ninguna voz rompió el silencio con el que estaba siendo examinado. El rey intentaba tomar una decisión y Árgoht lo sabía. Siempre ocurría algo así. Costaba que se decidieran a aceptar sus servicios, ya fuera por su precio o por su impacto sobre el pueblo. Además, su mero aspecto ya causaba comúnmente cierta confusión, pues vestía pantalones de cuero con una camisola, sobre la que destacaba ligeramente un peto de cuero. Una capa de viaje oscura completaba su atuendo. Un mago es algo que se ve con muy poca frecuencia, y alrededor de ellos ha crecido una leyenda muy tergiversada. La



idea de hombres viejos, con largas barbas grises y túnicas blancas, apoyados sobre bastones que encerraban terribles poderes, era la más extendida. Por eso, encontrar a uno que decía ser un hechicero con aspecto maduro, pero no anciano, y que podía hacerse pasar por uno de ellos causaba algo parecido a un estupor incrédulo. Sin embargo, alguien que supiera un poco de las artes arcanas, se habría dado cuenta de su condición, sólo con mirar sus ojos e intentar descifrar su mirada insondable.

Y una vez tomada la decisión con sus servicios, no era posible echarse atrás.
—Sea —dijo el rey con rotundidad.

El silencio se rompió en una algarabía de murmullos y roces de telas. Tan rápido como surgió, se apagó al levantarse el rey. Sus ropas caras, de exquisita factura, contrastaban con un rostro curtido en la intemperie.

Árgoht no estaba acostumbrado a ser recibido en la corte, en presencia de tantos cortesanos. Lo más común era que fuera recibido en audiencia privada, para que su presencia pasara lo más desapercibida posible. Árgoht bajó la cabeza a modo de saludo, y con ello quedó cerrado el pacto entre ambos hombres. Sin embargo, el gesto era simbólico, pues aún no sabía cuál sería su cometido, y de ese conocimiento podía surgir alguna discrepancia.

—Dejaremos para más tarde los detalles concretos —dijo el rey—. Ahora, cenaremos.

Sin una palabra más, un ejército de sirvientes salió de la nada. En minutos, el salón de audiencias se había convertido en un comedor plagado de mesas e impregnado del exquisito olor de la carne de cerdo. Guisada, hervida, frita... Aunque Árgoht no dio muestras de ello, su estómago dio un vuelco. Hacía semanas que no comía nada digno de mención y tuvo que hacer uso de todo su autocontrol, entrenado durante años, para no abalanzarse sobre los jugosos platos rellenos de viandas. Sólo sus ojos se desviaron, imperceptiblemente, cuando uno de los sirvientes pasó junto a él con una gran bandeja llevando patatas, rellenas de una carne a todas luces deliciosa.

Cuando el rey hubo ocupado su puesto en la cabecera de la mayor de las mesas, situada al pie del trono, el resto de los asistentes se sentó, con un momentáneo barullo de madera contra mármol. Respondiendo a un gesto del regente y acompañado por un sirviente, Árgoht fue a ocupar el sitio que se le había asignado, a su diestra y a dos sillas de distancia. Entre ellos se situaron una her-



mosa dama de porte elegante y orgulloso, y un enorme norteño de aspecto al mismo tiempo peligroso y bonachón. No tardó mucho en descubrir que la dama era la esposa del rey, Lady Yuley, y él, Branton Oldsten, el general de sus ejércitos.

De camino hacia Ereth había coincidido durante un tiempo con una pequeña caravana de mercaderes, que se dirigían hacia el norte y pensaban detenerse algunos días en la capital para hacer negocios. Le ofrecieron al mago la oportunidad de sumarse a la comitiva, alegando que nunca se sabía dónde podía haber un asaltante escondido y que el número hacía la fuerza, si bien nunca supieron de su naturaleza o conocimientos. Fue su mera presencia, el hacer crecer al grupo, lo que les convino. Se dejó convencer y se unió a ellos.

El viaje hasta ese momento había sido lento y agotador, pero entonces pudo avanzar a buen ritmo y de vez en cuando le permitían descansar en el cabestrante de alguno de los carromatos. Aunque no se mezcló demasiado con los mercaderes, siendo nuevo en aquella región, procuró prestar oídos a todo cuanto sus compañeros de viaje decían, pero nunca participaba de las conversaciones. Es por ello que recordaba haber escuchado, entre otras muchas, una historia sobre el hombretón que ahora se sentaba a su lado. En ella, decían que durante una batalla se había abierto el abdomen con su propia daga para sacarse una flecha envenenada de tres puntas. Nadie había podido confirmar ni desmentir este hecho, lo cual no hacía sino alimentar las mentes efervescentes de los bardos y dar más vigor a la leyenda. Su risa escandalosa se dejaba oír con estruendo durante el banquete, con cada chiste fácil o comentario ingenioso. Por este lado, la presencia de Árgoht no supuso un gran aliciente para Oldsten, pues su talante taciturno y más dado a la observación que a la participación, lo convertía en un pobre compañero a la hora de conversar.

A pesar de ello, el norteño se esforzaba en cruzar palabras con el invitado y se mostró muy interesado en su profesión y sus artes, haciéndole infinidad de preguntas que Árgoht intentaba, educadamente, no contestar. Era bien sabida la tradicional negativa de los hechiceros a revelar detalles de sí mismos o sus habilidades. Además, aquella reunión no era de su agrado. Después de un largo viaje, lo único que deseaba era poder descansar un rato a solas y en silencio.

—En cierta ocasión —empezó a relatar el general—, el rey Yurt, cuando todavía era sólo el capitán Yurt Amnhol, y yo, lideramos un pequeño ejército contra



un grupo de los vuestros. Eran sólo tres, mientras que nosotros éramos ochenta hombres fuertes y jóvenes. Precisamente nuestra juventud fue la que nos llevó a librar una batalla que, ahora lo sé, nunca habríamos podido ganar.

En este punto, miró alrededor y bajó la voz acercándose al oído del hechicero.

—Nos embrujaron a todos antes siquiera de poder desenvainar nuestras espadas. Sentí un cosquilleo extraño que me recorrió la columna vertebral erizándose el vello de los brazos y la nuca. Fue como una sacudida. En un parpadeo, nos vimos luchando entre nosotros. Mis brazos subían y bajaban por sí mismos, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Los veía moverse igual que un preso observa el mundo a su alrededor sin poder intervenir en él. Pasados unos minutos, recuperé el control de mi cuerpo y fue como si despertara de un largo sueño. Dejé caer las armas y me arrodillé sobre la tierra húmeda, agotado. El cosquilleo había desaparecido. Era yo mismo de nuevo, pero todos a mi alrededor seguían con las armas alzadas.

»Pude observar entonces que ninguno de los golpes que lanzaban mis hombres impactaba en el contrario. No hubo sangre alguna. Parecían estar en el patio del castillo practicando movimientos, como una coreografía. Quedé perplejo cuando vi que los brujos, en vez de intentar sacarnos las tripas, reían a mandíbula partida y hacían comentarios chistosos entre ellos. Se divertían con nosotros y no podíamos evitarlo. Yo, aun liberado de lo más poderoso de su influencia, no podía hacer nada para oponerme, como si una neblina ofuscará mi mente. Este efecto duró hasta mucho después de que los brujos se hubieran marchado lejos.

El general calló durante unos segundos para llevarse a la boca un enorme pedazo de carne. Árgoht aprovechó esta pausa para apuntar mentalmente varias cosas. La primera, era que este hombre parecía tener excepcional resistencia a los hechizos. La segunda fue la mirada reprobatoria que durante una fracción de segundo pudo observar en el rey al oír lo que su general le estaba contando. Para él, tuvo que ser una derrota humillante y poco agradable de recordar.

Pero quizás más importante aún era el hecho de que Oldsten tropezara con un grupo de tres hechiceros. ¡Tres! Aquellos que dedicaban su vida a las artes mágicas eran escasos en el mundo, así que encontrar a tres juntos era algo realmente excepcional, casi inaudito. Él aún no había encontrado a ningún igual, aunque había escuchado viejas historias de encuentros puntuales, fruto de alguna casualidad extraordinaria. Dichos encuentros solían ser breves y se limitaban a resol-

ver el problema en cuestión y separarse de nuevo, sin que mostraran el más mínimo interés por las actividades de los otros. Un hechicero se hace a sí mismo, aprende sólo de su experiencia y de La Madre. Por ello, cada uno es diferente, cada uno sigue su propio camino. No hay escuelas, no hay maestros. Cada mago encuentra sus herramientas según su propia naturaleza y no hay dos con habilidades idénticas. Son seres únicos e incomparables, sin igual sobre el mundo.

Y Oldsten había visto tres juntos, ¿qué habrían estado haciendo? ¿Qué motivo podía haberlos reunido?

También era posible que el general estuviera exagerando. Lo más seguro era que fuera un solo hechicero el que había humillado a su grupo, pero aquél usaba los confusos recuerdos del acontecimiento como excusa, para engordar el número a fin de que la derrota resultara menos escandalosa. Lo que sí era más creíble, era el comportamiento de los magos, pues rara vez uno decidía matar si no era estrictamente necesario.

El general continuó, con la boca llena:

—Aún hoy, los recuerdos que tengo de aquella mañana son borrosos y nublados, como si una fina tela los envolviera. Quizá, sea una consecuencia de la magia que nos afectó a todos...

La mirada del general se perdió en el fondo de la sala, mientras tomaba otro trago de su copa. Enseguida, un joven con una enorme jarra se apresuró a rellenarla, una vez más. Árgoht había perdido ya la cuenta de las veces que lo había hecho, al contrario que la suya, que esperaba en la mesa sin que el hechicero la hubiera tocado siquiera.

Enfrascado en imágenes del pasado, el rostro de Branton Oldsten se ensombreció por un momento. Su barba, rubia y muy enmarañada, estaba ya completamente pringada de salsa y restos de comida. Sus ricas vestiduras, todas ellas de lana delicada y cuero, parecían ya las propias de un empleado de las caballerizas.

Tras unos instantes, durante los que Árgoht siguió comiendo en silencio, el general bajó la mirada hacia su plato, cogió otro pedazo de carne y con él en alto, se giró hacia su contertulio con una enorme sonrisa. Los efectos del vino comenzaban a traslucirse en su tono de voz.

—Pero eso es el pasado, una época oscura. Una época de racionamiento y privaciones. Nuestro antiguo rey era un gran hombre y un gran guerrero, pero vivió



una época muy dura y gastó más dinero en guerras y armas, que en alimentar y cuidar a su pueblo.

Árgoht se sintió por un momento desconcertado por el cambio de tema. Los efectos del vino debían de ser más profundos aún de lo que parecían. Aun así, asintió sin abrir la boca.

Conocía un poco de la historia del rey Manlor el Temible, el primero de su nombre, hijo del rey Kentor III y último heredero de la dinastía real de la casa Anturriel, aunque sólo retazos inconexos. No le interesaba mucho la historia de los reyes que ascendían y caían por todo el mundo, aunque intentaba conocer, si le era posible, algo sobre sus anfitriones. En esto también fueron de gran ayuda los mercaderes que lo acogieron de camino a Ereth.

Durante todo el monólogo del general, Árgoht intentaba no perder la oportunidad de escrutar los rostros de los presentes a la comida. De esa forma intentaba grabar en su memoria los rostros de los invitados y captar algún que otro fragmento de conversación. Algo francamente complicado, con el ruidoso general sentado a su lado y con la lengua floja por culpa de la bebida.

—Ahora —continuó su parlanchín compañero de mesa, con la lengua bien regada de dulce vino del sur—, las cosas han cambiado. Nuestro actual rey ha sabido administrar los recursos del reino. Ahora vivimos mejor que nunca.

—Resulta evidente —dijo Árgoht por primera vez con su voz seca y profunda—, a la vista de vuestras prominentes tripas y vuestras ricas vestiduras—. En verdad, Branton Oldsten tenía más aspecto de noble comerciante, cebado y sedentario, que de un militar experimentado. Su barriga sobresalía generosamente embutida en su ropa de gala.

Aunque Árgoht pronunció estas palabras en un tono serio, el vino hizo efecto en el general y prorrumpió en carcajadas.

—¡Así es! —se puso en pie con la jarra en la mano y gritó: ¡Viva el rey Yurt!

El resto de la concurrencia respondió al brindis y levantó sus copas hacia el techo para brindar por su regente.

